

# EL AMIGO DEL OBRERO

Redactores:  
Dns. LUIS P. LENGUA y MIGUEL PERA  
Secretarios de Redacción:  
Bros. Juan N. Quagliotti y José Miranda  
Redacción: Daymán 1408

CONSEJEROS:  
Dns. Roma-Moniz, G. Vázquez,  
En París-Franco, Venilla,  
En Valparaíso-M. Gómez,  
En Madrid-José B. Garzón

Órgano de los Obreros Católicos de Uruguay  
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN Daymán 1408—Administrador: HORACIO CAMPODÓNICO  
Teléfono: LA COOPERATIVA núm. 539  
Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0,20 | En campaña (semestre adelantado) \$ 1,20  
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

**Indicador cristiano**  
Sábado 21.—Stos. Luis Gonzaga, Teodoro, ob. y mr. y Rufino y Apolonia mrs.—INVIerno.  
Domingo 22.—Stos. Albano, Acacio, comp. mrs., Paulino y Juan, obs.  
Lunes 23.—Stos. Juan-Zenón y César, mrs., Lanfranco y Agripino, mr.—Ayuno.  
Martes 24.—La Natividad de San Juan Bautista (Patrón de Santa Lucía y Pocolos).  
Miércoles 25.—Stos. Adilto, mr., Eloy y Próspero, obs. y Guillermo.

**El Amigo del Obrero**  
MONTEVIDEO 21 DE JUNIO DE 1918

## Infamia y vileza!

### Irma Avegno y Sor Isabel

Con estos títulos la Unión Social ha distribuido en todo el país una hoja suelta que dice:  
La calumnia, inspiración grosera de la envidia, mequino desahogo de odios ocultos, es siempre un arma ruin y envenenada con crueldad y de preferencia en la viridita más intachable e indefensa y levanta contra ella tempestades de odios y venganzas.  
¿Quién no ha oído en estos días y por todas partes el nombre de Sor Isabel?

¿Quién, no ha oído pronunciar contra ella los fallos más acerbos y los más agrios comentarios?  
¿Cuál era el origen de esa tempestad de odios contra la Superiora del Hospital Español de Temperley? Una vilísima y cobarde calumnia estampada en las columnas del mercantilísimo noticiero, repetida luego por oradores sin conciencia y por poeta desequilibrados.  
Sor Isabel, se propaló, rechazó con crueldad inhumana a Irma Avegno, que le pedía de rodillas, bañada en amargo llanto, un refugio donde escapar a las persecuciones de la policía, y se rechazó la errastra al suicidio.  
¡Infame invención del odio más infame aún!

Sor Isabel recibió a Irma en sus brazos, mezcló las dulces lágrimas de la caridad que compadecía y conforta con las lágrimas de la desesperación que quemaban y aniquilaban y abrasaban el rostro de Irma Avegno.  
Esta fue, vilos calumniadores, ésta fue, pueblo extraviado por la calumnia, la verdadera actuación de Sor Isabel en este triste episodio.  
Una justicia, que no se doblega ni al oro ni al empuño, ha fallado ya la causa de Irma en la Eternidad.  
Leed ahora el relato que sigue y conocerá el fallo de la justicia en esta infortunada y triste de sus horas azarosas.  
Garantimos la exactitud de esta información, repleta de los mismos labios de Sor Isabel y del doctor Dolare, por el enviado de la Unión Social del Uruguay, que se trasladó de Montevideo a Temperley con el objeto de conocer los sucesos.

### Con Sor Isabel

—Lamento, Hermana, sobremanera, que su nombre acido mezclado en las incidencias del triste suceso de estos días.  
—Lo que yo lamento, señor, es no haber podido salvar a aquella desgraciada criatura.  
—Dos acusaciones circulan contra usted en este doloroso episodio y ven: ¿cómo saber la verdad de lo sucedido para difundirla profesionalmente, como profusamente han circulado esas especias, y para que aquello quede en su punto.  
—Se dice que usted rechazó a la fugitiva con dureza, lo que precipitó su trágico fin, y que usted se negó luego a amortaljar el cadáver.  
—Falso todo, señor, completamente falso: ¡Qué maldad y qué injusticia se comete!  
La voz y el semblante de Sor Isabel y su compañera revelaron bien a las claras la opresión desgarradora de sus almas, todo sinceridad y delicadeza.  
—¿Cuándo vio usted por primera vez a Irma?  
—El miércoles 11 de Junio, a las 8 y media de la mañana.  
A esta hora, me dió aviso el médico interno del establecimiento, de que en uno de los pabellones no ocupados aún, había hecho peonchar una señora desconocida, de aspecto extraño y que deseaba hablar conmigo.  
Estuvo ya en la noche por la noche preguntó el doctor, a hora avanzada preguntando lo mismo, y como le objetaba que las Hermanas se habían retirado a sus apartamientos y que sólo se acostumbraba a llamarlas en casos urgentes, no insistió.  
—Añoche, añadió el doctor, la encontré acurrucada contra los muros del Hospital y la invité a guarecerse en el pabellón.  
—En pérdida de tiempo, me encamité, a favor, al lugar indicado.

—Reconoció usted en seguida a la fugitiva?  
—Sí, señor, a pesar de su extraño aspecto de perdidosa.  
—¿Estaba usted en antecedentes?  
—Recién el día anterior por la tarde recibí algunas noticias del ruidoso suceso montevideo, por intermedio de una compatriota residente en Buenos Aires.  
—Se dice que Irma se arrojó a sus pies, implorando perdón y asilo y que usted...  
—Y yo la recibí en mis brazos, señor, y agoté todos los recursos que la más tierna caridad y fina amistad pueden sugerir para tranquilizarla, para hacerla variar de su resolución desesperada, para salvar a esa alma que volaba en la senda de la perdición eterna.

Rogué, supliqué, oyoqué recuerdos, invoqué títulos, sugerí consideraciones. Su respuesta era invariable. Ella no quería saber con la autoridad. Por eso rechazé mi proposición de llevarla al Buen Pastor.  
—¿Notó usted el arma?  
—La tenía a la vista, y todos los esfuerzos para que la entregara resultaron infructuosos.  
Midiendo la magnitud del peligro para Irma y de las responsabilidades que estaba yo afrontando, con todas las reservas de caso manifesté al doctor Dolare quién era la desconocida, recomendándole a su prudencia y cuidado, puse una Hermana a la entera disposición de la desgraciada y recomendé a ésta la mayor cordura. «Te juro, me contestó, que no te comprometeré. Déjame aquí hasta las seis de la tarde». Accedí gustosísima a su pedido y corrí a la Capital en procura de una orientación.  
Sabedora de que la persona que buscaba se había marchado a Luján, me dirigí a esta villa.

Imagine usted, señor, mi terrible ansiedad al enterarme allá que la policía estaba sobre la pista de Irma, más aún, que sospechaba su escondite y que aquella misma tarde, se presentaría en el Hospital.  
Voló al lado de la desdichada, le hice saber el riesgo, ofrecí dinero y otros auxilios, le propuse la fuga como única salvación y el refugiarse en alguno de los ranchos de las cercanías para eludir las inminentes pesquisas y buscar luego otra seguridad.  
Nada necesario, contestóme. Tengo dinero.

La noticia de la proximidad de la policía, que ella tanto temía, la disgustó sobremanera. Recogió sus objetos, manifestó con cariño su gratitud, por las atenciones recibidas y hubo precipitadamente.  
Parecióme que había equivocado la dirección que se le diera. Por esto, pedí al médico que saliera en su encuentro para encaminarla. Pero había desaparecido entre las sombras y todos los esfuerzos fueron inútiles.  
—Es cierto que usted se negó al llamado de la policía para que amortaljara el cadáver de la suicida?  
—No señor. Una vez el cadáver en Lomas, se solicitó por teléfono a las Hermanas para aquella tarea. El señor Inspector, que se hallaba presente, acudió al aparato telefónico, contestando que ello era imposible por hallarse las Hermanas en tareas premiosas y no poder, por lo tanto, salir del Establecimiento.

He aquí la verdadera actuación de Sor Isabel, que, por otra parte, ya varios diarios sensatos han dado a conocer.  
La justicia, el buen sentido, la rectitud, ¿hallan algo que reprochar a la benemérita religiosa? ¿Podría exigirse más a su caridad? ¿Hubiera hecho otra cosa, dada la situación de Sor Isabel, el miembro más allegado de su familia?  
¿Qué dicen ahora los calumniadores de la Hermana y de la caridad cristiana? ¿Qué hicieron ellos, qué hizo la prensa, que esparció la calumnia a todos los vientos? para salvar a la desgraciada?

No fué por cierto después de su entrevista con Sor Isabel, único consuelo que cayó en el pléjago de amarguras del corazón de la fugitiva, que ésta escribió aquella frase terrible: «Ahora es el que me mató». Fué después de leer los recortes de la prensa que contemplaban con lujo de detalles el relato de sus aventuras, arrojando sobre ella toda la culpabilidad y toda la vergüenza del desastre.  
Recorja la lección el pueblo y saque las consecuencias.

### Con el Dr. Dolare

—Disculpe, doctor, me trae...  
—Lo sospecho, el ruidoso asunto.  
—Cabal. ¿Podría usted darme los detalles de su entrevista con la señorita Avegno?  
—Con el mayor gusto. El día 9, lunes, a las 10 de la noche, estando ya cerrado el establecimiento, sentí llamarme. Abrí la puerta en compañía del practicante señor Garrido, y nos hallamos con una mujer malvestida, el cabello en desorden, desaseado el rostro, revolando cansancio y frío. Dijonos que deseaba ver a la Superiora. Lo observé, que las Hermanas se habían retirado a sus compartimientos y

que sólo en caso de urgencia se les podía llamar a esas horas.  
Los ofrecimos aliento y abrigo, manifestándonos ser casada y haberse visto obligada a abandonar a su esposo por la mala vida que lo daba.  
Concedí con el practicante pedírle albergue para ella, por esa noche, si guardaba quietud, cuya castilla dista poco de aquí. Accedió el buen vasco con gusto.

No habiendo recordado al día siguiente de averiguar si la incógnita se había presentado a Sor Isabel, por la noche, mientras caminaba por el patio a hora ya avanzada, noté la presencia de una persona junto a la pared. Reconocí en ella a la desconocida de la noche anterior. Prácticamente se había visto durante el día con la Superiora y me contestó que no, porque, además de querer hablar a solas con la Hermana, deseaba que nadie la viera entrar al establecimiento.  
Invité a que pasara a ese pabellón desocupado, prometiéndole que al día siguiente avisaría su presencia a la Superiora, como le hice, en efecto.  
Sor Isabel me reveló después de su entrevista con la desconocida y bajo la más estricta reserva, quién era la visitante; dejó a su cuidado una Hermana, pidíome que la atendiera y me marché luego a Buenos Aires en busca de consejo en aquella angustiosa emergencia.  
¿Hay en esto infamidad, señor?

¡Infamia y vileza! Es el grito que la indignación arranca ante las publicaciones de muchos diarios sobre este episodio.

«Episodio indigno», titulan a ese pasaje, antes de tomarse la molestia de averiguar la verdad.

«De magnífico» califica el mismo cronista el párrafo de uno de los oradores del día del sepelio, inspirado en esa incidencia. «De villísimo» lo titulan la verdad, la justicia y la realidad del hecho, porque está inspirado en la vil calumnia ya desmentida.  
¡Infamia y bajeza, obligan a exclamar otras crónicas que, al lado de los documentos que restablecen la verdad manifestada por los únicos actores en el suceso del Hospital de Temperley y que confirmaría plenamente Irma Avegno si pudiese hablar desde su tumba, se gozan en repetir la burda calumnia, con cinética fruición, como el que sumergido en charca inmunda, respirando podredumbre y cieno, se complace en arrojar pedruzcos de barro sobre los transeúntes por el vil placer de verlos salpicados con el mismo fango en que está sumergido.  
Hay marcado empuño, criminal empuño, en hacer ver culpables donde no los hay, para distraer, la atención del pueblo de los verdaderos delincuentes.  
Y si esto ocurre en hecho tan carente y tan fácil de comprobar, ¿qué puede juzgarse de los que esa misma prensa nos refirió como sucesos a inmensa distancia?

¡Aprendo pueblo a distinguir la falsedad y la desverguenza de los enemigos de la Religión!

## Quisicosas

Hombre; no me parece mal.  
Al contrario, lo considero de perlas y oportunísimo y sensato, un artículo que publica «El Tiempo» bajo el título de «Sobre el suicidio».

En estos momentos en que la completa subversión de ideas campa por sus respetos, en que cantando en todos los tonos se está haciendo la apoteosis del suicidio, en que se panegiriza a ese despropósito como un acto propio de héroes y de seres superiores al resto de la humanidad, el artículo de «El Tiempo», nos parece tan apropiado y provechoso, que nos complacemos en él.  
Después de analizar varias de las causas que inducen con mayor o menor facilidad y eficacia al suicidio, enumera el colega como una de las más eficaces, la publicidad tan detallada que acostumbraban dar los diarios y revistas modernas a esos acontecimientos trágicos.  
«Autores serios—dice el colega—y de producción meditada, han dado su autorizada opinión al respecto, sentando el principio innegable de la gestión que esas informaciones ejercen sobre los ánimos propensos al suicidio y anaden que señalan el camino fácil a los que titubaban todavía por sus bordes. Sobre el particular se cuenta el caso aquel del clavo de la pared de un cuartel, del que se colgaron siete pobres suicidas, uno tras del otro y en la misma forma que el primero.  
Se nos dirá que el remedio más pronto hubiese consistido en quitar el clavo a la segunda o tercera vez que se produjo el caso. Pero, estos son requisitos que no es del momento analizar. Ahora sólo se trata de demostrar que la sugestión existía en el suicidio y que llega hasta a influir en la forma en que puede llegar a producirse. De ahí que se tomé en consecuencia que, reseñados en los diarios los suicidios,

expuesta la manera en que se lloran a efecto, esa publicación ejerció en los predispuestos una influencia perniciosa y les enseñó la forma de realizarlos. En una palabra: el clavo de la pared del cuartel de maras. Ahora bien: nosotros, comprendiendo así, hacemos tiempo que hemos suprimido de nuestra crónica policial las noticias de los suicidios; salvo, como es natural, e los casos de resonancia, cuando el acto va unido a otros, como ocurrió en el asunto sensacional que ha reseñado y reseña todavía la prensa. Al proceder así, creamos llenar un alto deber de humanidad, dejando en el misterio la última acción de los miseros derrotados del vivir, que van a buitar en la muerte un alivio a sus desgracias y a sus penas. Claro que no existían nosotros la vanidad petulante que, con nuestro silencio todo se va a remediar, puesto que no acostumbamos a presentarnos como monopolizadores del destino de la gente. Tenemos una concepción, la ponemos en práctica y nada más.

Por eso vamos más allá de las esferas hasta donde alcanzan nuestros esfuerzos y exhortamos a los demás colegas que hagan lo mismo. Hasta lo podemos recordar que hubo un tiempo en que todos estábamos de acuerdo y que luego, no sabemos por qué, se fue, esa admirable obra de piedad social se vino al suelo y los diarios continuaron dando cuenta de los suicidios. Ante esto, no nos desesperanzamos y seguimos creyendo que tal proceder del error no puede ser definitivo. Dentro del campo del diario existen miles y miles de noticias que ofrecer a los lectores, y con pocos esfuerzos pueden hallarse. Correr tras la novedad perniciosa de los suicidios, a sabiendas de que se hace un mal, no puede ser la norma de conducta del periodismo moderno. Nada costaría, pues, volver al sistema dejado y no publicar los suicidios, como hacen algunos colegas y lo practicamos nosotros. Tanto más fácil sería eso ahora, cuando todos los diarios estamos sindicalizados en un Círculo y de allí puede salir la línea de conducta que trace el camino de todos. Y exhortamos a prevenir que no hablamos de ejercer presión sobre nadie. No. El acuerdo, si lo hay, debe ser voluntario y a gusto de todos. Sabemos que en este punto ha de hallarse muy delgado y no herir susceptibilidades de ninguno. Hacemos ondear una bandera que han de sostener las manos de todos y no una onseña de sumisión al capricho de unos cuantos.

¿Harán caso todos los colegas de este llamamiento o tan moral y tan práctico de «El Tiempo»?  
No me parece, por desgracia; pero de cualquier manera «El Tiempo» y los diarios que le imiten en su moralizadora conducta merecerán bien de la humanidad.

EL MUNDO

## QUESTION SOCIAL

### Pidiendo el seguro obrero

En un meditado artículo «La Nación» de Buenos Aires se ocupa sobre el seguro obrero y, refiriéndose a los últimos sucesos del Riachuelo dice:  
«La situación afligente en que quedaron diversas familias a consecuencia del accidente ocurrido en el Riachuelo, será aliviada, por espontáneo socorro de parte del gobierno y por diversas instituciones particulares. Son conocidas las iniciativas surgidas en este sentido, así como la decisión de los poderes públicos. La población en general ha respondido al llamado apremiante de esta desgracia, en favor de las víctimas de los deudos.  
Queda empero, de este episodio la enseñanza amarga que conviene apreciar en todo su valor.  
Ha sido necesario el socorro tan generoso, tan noble como es quiera, pero sólo para el fin, para que los damnificados pudieran reponer en parte los quebrantos sufridos. A no ser por esta intervención de la caridad pública y privada muchos obreros habrían quedado en la miseria imposibilitados para todo trabajo y muchos familias se encontrarían en la orfandad, súbitamente privados del único sostén. Venimos reclamando hace muchos años la implantación del seguro obrero, no sólo para los accidentes del trabajo, sino para todos los casos de invalidez temporaria o permanente. Ahora vez hemos citado con datos positivos el interés que sobre su desarrollo han alcanzado y los beneficios que habrá producido esta institución en casi todos los principales países del mundo.  
Sin insistir nuevamente sobre ellos podemos recordar que no hay caso en una sola nación de Europa donde no exista el seguro obligatorio o facultativo. El ejemplo de Alemania con el asombroso éxito de las cajas de previsión que se ha formado no hace mucho tiempo, son conclusiones definitivas a este respecto. Confiamos en que el estudio encomendado a la comisión correspondiente de la Cámara legje pronto llenará, aunque sea en parte, este vacío ya anárquico de nuestra legislación».

## Círculo de Montevideo

### El festival del domingo

Minas 1244 en esquina Soriano—El domingo 22 de Juno de 1918 a las 5 y 30 p. m.—10.00 festival de la presente, imorada, tomando parte el Cuadro Social, dirigido por el señor Joaquín V. Araújo.  
He aquí el programa:  
Primera parte  
1 Overture.  
2 Pathé Journal núm. 215, actualidades, por el biógrafo.  
3 Ejercicios de submarinos en Scuola, del natural, por el biógrafo.  
4 Coqueta o heroína, drama, 1.ª parte, por el biógrafo.  
5 Coqueta o heroína, drama, 2.ª parte, por el biógrafo.  
6 Jack el pequeño domador, drama, por el biógrafo.  
7 La herética Zaragoza, panorámica.

Segunda parte  
1 Sinfonía.  
2 Comedia dramática en un acto titulada: «Barro y cristal».  
3 Intermezzo musical.  
4 Couplets de la zarzuela «Viva mi niña», cantados por el aplaudido actor Joaquín Aurecel.  
5 Bignone confesional su café, cómica, por el biógrafo.  
6 Distracciones de Bidone, cómica, por el biógrafo.  
7 Marcha fúnebre.  
Precio de las localidades: Entrada con asiento, función entera, \$ 0.10.  
Advertencia—La Comisión de Fiestas, hace presente a las señoras y señoritas que están obligadas a quitarse el sombrero durante el espectáculo.  
—No se suspende función por causa de mal tiempo.  
Nota—El próximo domingo prestará su concurso el cuadro dramático del Centro Jacinto Vera del Reducto.  
Otra—La Comisión se reserva el derecho de alterar el presente programa.

## DE PASO

Cerca de la apoteosis provocada por los diarios liberales en su tendenciosa información sobre el triste suicidio de Irma Avegno, leemos:  
«Nada habría que observar en todo esto al lado de la compasión no hubiese germinado, también, algo como una adhesión a la conducta de la suicida; si la piedad que su desdicha debe inspirar no hubiese tomado la forma de la admiración y el entusiasmo que despiertan los grandes sacrificios y abnegaciones, hijos del amor al bien y a los más altos ideales...»  
Y esa admiración y entusiasmo, se dedicaron según el articulista a:  
«La joven que engaña a las personas más íntimas de su familia y a las amigas de amistad más estrecha; que firma grandes especulaciones; que falsifica valés por sumas enormes, para atender a las necesidades de su imaginación exaltada por el juego, el lujo y los placeres, en general; de la vida elegante...»  
¿Quién ha escrito esto y editorialmente?  
¡Asombrosos todos! Ha sido «El Día», uno de los que más jalearon la apoteosis, desde el momento en que apareció en juego una Hermana de Caridad a quien poder denigrar.

«El Día» fué el primero en acusar a la infortunada joven y endar a todos los vientos la información novelesca, no solo de la marea millonaria, sino de la vida íntima de la protagonista.  
Cuando el once de Junio terrible de los sucesos trajo al comentario público la actitud de Sor Isabel, «El Día» se conduelo de la joven peregrinante y achaca toda su desdicha, toda su desgracia, última e irreparable, al rechazo inhumano de quien estaba obligada a salvarla, costare lo que costare.  
«El Día» hunde a la protagonista con la pública acusación, desde sus columnas, de estafa y falsificación. Luego la enaltece con crónicas espaciales.  
«El Día», pretendiendo dar algunos ejemplos de cómo proceden los católicos—dice con toa falacia: «Hemos visto como toda una Hermana de Caridad le niega un poco de amor a una mujer más desgraciada que culpable».  
Pero, como el público, al leer eso y las demás glorificaciones aderezadas en sus crónicas por los demás diarios liberales, se echaba a buscar un culpable, —por que alguien ha de ser más culpable que desgraciado, ya que no es posible que en un asunto en que se ha estumado tanto dinero, todos sean más desgraciados que culpables.—«El Día» se ha alarmado y conviniendo para sí que había que desviar la opinión pública, ataca de nuevo a la infortunada Irma Avegno, para defender al doctor Romieu, amigo del señor Batlle y Ordóñez.

«El Día» escribió: «cómo proceden los católicos». Dejemos al señor Pedro Avegno de Avila que diga cómo procede el liberal articulista de «El Día».  
La siguiente carta que no quiso publicar «El Día», la publicaron los diarios de la mañana:  
«Montevideo, Junio 19 de 1918.— Señor director de «El Día», doctor don Domingo Arena.—En el número de hoy, del diario que usted dirige, bajo el pretexto de criticar la injusticia de dar por sentada la culpabilidad del doctor Romieu en los sucesos que son de pública notoriedad y que tuvieron su desenlace con el suicidio de mi desgraciada hermana Irma, se infama la memoria de ésta en forma evidentemente contradictoria con el su aparente de dicho artículo.  
«Se considera injusto en él, que se formulen acusaciones contra determinadas personas antes de que la justicia se pronuncie y, sin embargo, el articulista incurra en peor injusticia, anticipándose al resultado del juicio para proclamar la culpabilidad exclusiva de mi hermana.  
«No es caballero quien a tal vileza descende.  
«Si hay injusticia en el primer caso, también la injusticia existe en el segundo, con esta diferencia: que en el primero, se acusa a personas vivas y aptas; por lo mismo, para defenderse en todos los terrenos; mientras el articulista de «El Día» se ensaña, cobarde, con una pobre mujer.»  
«El Diario» de Buenos Aires ha blaudido del asunto Irma Avegno dice que no es caballeresco que la prensa y menos la prensa representada por el Presidente de un país renueva los escombros de ese drama.

## BODAS DE ORO

La ilustre visitadora de las Casas del Buen Pastor en Sud América, Sor María de San Agustín Fernández Concha, festeja hoy en Buenos Aires, donde se encuentra, los 50 años de vida religiosa. Para acompañarla en día tan fausto, con su cariño y veneración intenso, han llegado a Buenos Aires todas las superiores de las casas del Buen Pastor en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay.  
La comunidad entera acompaña con su respeto y profundo afecto, a la religiosa que ostenta en grado sumo la aristocracia de la virtud y del talento junto a la aristocracia de su más ilustre familia, una de las más ilustres de Chile.  
La explotación del escándalo UN NUEVO CASO Y VAN...  
El mes pasado los diarios liberales publicaron una información telegráfica de Italia, acerca de un crimen imputado a un sacerdote.  
Llegan ahora los diarios italianos, traen la certeza de que todo lo comunicado telegráficamente, es una fantasía, una burda novela, tejida por un diario anticlerical de Palermo, ciudad de Sicilia, pero nada rectifican los diarios que tan mal informaron.  
El caso es el siguiente:  
Un buen día cierto diario de Palermo publicó con caracteres llamativos una página de información escandalosa con los siguientes títulos: «El horrendo delito de un sacerdote—Sorpresa en la confesión el secreto de una joven, la violencia, la mató y descurtiza su cadáver». La noticia fué reproducida por un diario de Roma «Il Messagero» que le puso estos otros epígrafes, también en los mismos salientes caracteres: «El salvaje delito de un sacerdote; aconseja la fuga a la penitente; abusa de ella y la mata». Lo mismo hicieron otros diarios. Y así con los más oscuros colores se arrojó como pasto a los lectores la descripción del inventado delito, nombrándose el lugar, donde se le suponía sucedido, narrándose los consejos infames del sacerdote, sus deseos impuros, la resistencia de la joven para salvarse del delito, el cuidado de esconder los sanguinolentos miembros y después las ansias de la madre, el arresto del brutal bandido y cómo muchos querían hacer justicia sumaria del sacerdote y cómo los carabinieri a duras penas pudieron conducir al cuartel y substraerlo a las iras populares. Osaron por fin algunos diarios dar datos sobre la joven: naturalmente «bellísima, de cuerpo esbello y flexible, de abundante cabellera, de ojos negros». En suma, se inventaron los más minuciosos detalles para hacer más verosímil la infame calumnia, se describió con los más tóricos colores sin poner ninguna duda, ninguna sospecha sobre el hecho, como si fuese cierto, absoluto; y del uno al otro confín de Italia y fuera también se divulgó y propaló el horrendo delito, el salvaje delito, y también el cúmulo de los horrendos delitos de un sacerdote.  
Pues bien, ¿qué es lo que hay de cierto en todos estos crímenes atribuidos a un sacerdote? Había el episodio de la diócesis donde se «dico» combido el crimen?



